

Edgar Allan Poe

Narración de Arthur Gordon Pym

Prólogo, traducción y notas
de Julio Cortázar



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*

Esta obra fue publicada en 1956 por Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, en colaboración con la *Revista de Occidente*, con el título de *Obras en Prosa II, Narración de A. G. Pym, Ensayos y críticas, Eureka*. La actual edición de Alianza Editorial ha sido revisada y corregida por Julio Cortázar.

Primera edición: 1971
Tercera edición: 2013
Primera reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Túregano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción: Herederos de Julio Cortázar
© Universidad de Puerto Rico, 1956
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7832-0
Depósito legal: M. 24.863-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Al lector
19	Narración de Arthur Gordon Pym de Nantucket
21	Prefacio
25	Capítulo 1
38	Capítulo 2
58	Capítulo 3
69	Capítulo 4
79	Capítulo 5
89	Capítulo 6
101	Capítulo 7
111	Capítulo 8
123	Capítulo 9
134	Capítulo 10
141	Capítulo 11
150	Capítulo 12
162	Capítulo 13
176	Capítulo 14
188	Capítulo 15
195	Capítulo 16
203	Capítulo 17
210	Capítulo 18

220	Capítulo 19
228	Capítulo 20
237	Capítulo 21
244	Capítulo 22
254	Capítulo 23
262	Capítulo 24
272	Capítulo 25
279	Nota

Al lector

Si toda la obra de Edgar Allan Poe ha sido y sigue siendo un fértil terreno polémico, en *Pym* alcanza quizá su punto más crítico. A la opinión dominante en el sector erudito, según la cual este relato representa un fracaso de la mayoría de los principios y aun de las facultades creadoras de Poe, se opone la entusiasta aceptación de los poetas y de los aficionados a un género que cabría calificar de «realismo mágico», en el que encuentran el doble valor de un libro de aventuras lleno de episodios «vividos» y a la vez de una corriente subterránea evasiva y extraña, un trasfondo que cabría considerar alegórico o simbólico de no tener presente la tendencia contraria del autor, y sus explícitas referencias en este sentido. Los surrealistas han exaltado siempre el valor de *Pym*, mostrando su especial eficacia evocativa de elementos inconscientes. El psicoanálisis ha buceado también en los mares que recorren el héroe y sus desventurados compañeros. En

cuanto a Poe, sólo sabemos que buscó escribir un relato de aventuras, que lo consiguió hasta cierto punto y que lo dejó inconcluso; el problema, quizá insoluble, está en explicarse si abandonó la tarea por fatiga y carencia momentánea de invención, o si la obra se lo impuso. Una lectura atenta tiende a apoyar esta segunda hipótesis. A partir de cierto momento (la llegada a Tsalal), Poe renuncia voluntaria e involuntariamente al terreno verista, de crónica de viajes, para entrar en *tierra incógnita* donde, por supuesto, se movía más libremente. Pero hay entonces como un vértigo en el libro, un avance en profundidad que coincide simbólicamente con el avance hacia el polo. A las puertas de un gran misterio, Pym-Poe se ve precisado a callar. Y este silencio tiñe todo el libro con un horror sagrado, insinúa un sentido ambiguo en cada escena anterior, enriquece misteriosamente el relato y a la vez lo desnuda de su fácil truculencia para dejar entrever detrás de esas matanzas, ese canibalismo, esa exhibición de cadáveres descompuestos, un signo profundo del hombre en lucha consigo mismo o con el destino. Quizá por eso no hay férula estimativa capaz de quitarle el indefinible, sigiloso prestigio de que goza en el mundo entero.

Los elementos exteriores en que se basa la creación de Pym pueden reducirse a los siguientes: al tanto del interés de su época por las expediciones polares, Poe comprendió el atractivo que tendría un relato de ese género. Benjamín Morell acababa de publicar su *Narración de cuatro viajes a los mares del Sur y al Pacífico*; la crónica del motín del *Bounty* era igualmente popular. Otro libro del momento ostentaba este título: *The mariner's*

*chronicle, containing narratives of the most remarkable disasters at sea such as naval engagements, poetical adventures, incidents of discovery, and other extraordinary and interesting occurrences**, «especie de centón –dice Baldini– de documentos de naufragios, tempestades, incendios, epidemias y otros siniestros marítimos» y del cual extrajo Poe más de un motivo de sus relatos; además de la famosa historia del naufragio del *Medusa*, contiene la minuciosa descripción del *Maelstrom* y otra del extraordinario *hambre a bordo* del navío norteamericano *Peggy*... que sirvió seguramente de modelo para los episodios del hambre a bordo del *Grampus* (Poe no olvidaría tampoco el terrible episodio que figura en la segunda parte de *Robinson Crusoe*).

El pasaje del barco de los muertos lleva, naturalmente, a pensar en *The rime of the ancient mariner* de Coleridge, e indirectamente en la leyenda del buque fantasma y la del holandés errante. En cuanto al tema del Polo, en 1836 el Comité de Asuntos Navales de los Estados Unidos había dado a conocer su informe sobre un proyecto de expedición al Antártico, presentado por J. N. Reynolds, a quien Poe conoció superficialmente y a quien admiraba. (En sus últimas horas de agonía se le oyó llamar reiteradamente a Reynolds; doce años después de *Pym* los temas del libro volvían a la memoria del moribundo.)

Con estos elementos técnicos, mapas, sus recuerdos náuticos, algunos elementos autobiográficos, Poe suelta

* «La crónica del marinero, que contiene narraciones de los más sorprendentes desastres marinos, tales como batallas navales, hermosas aventuras, inesperados descubrimientos y otras extraordinarias e interesantes peripecias.» (*N. del E.*)

amarras. El resto –o sea, casi todo– lo pone su imaginación, lo ceden sus impulsos y sus obsesiones. La crueldad, la angustia del encierro y del ahogo, la podredumbre y el hambre, el agobio de fuerzas ciegas, se ordenan y actúan bajo los dictados de una lúcida pericia narrativa. Pero la novela era ajena al genio de Poe, como lo muestra toda su preceptiva. No llega a escribirla (falta en *Pym* la alternación de momentos dramáticos con los necesarios respiros al lector, que acaba por saturarse), ni tampoco escribe una pseudocrítica de aventuras, pues es incapaz de atenerse al clima, en resumidas cuentas normal, de toda aventura terrestre. Desde las primeras páginas la atmósfera se vuelve obsesionante, y la sucesión de horribles desventuras, sin el menor intervalo, sólo se interrumpe en el pasaje del rescate de los náufragos y los informes sobre tierras australes; casi de inmediato recomienza el drama, y por él, inevitablemente, acaba imponiéndose el tono de los mejores cuentos breves (*Manuscrito hallado en una botella*, por ejemplo) y *el inexpresable horror del misterio* con que se cierra el libro. «Pero Poe triunfa –dice Colling– porque estos defectos salvaguardan su auténtica personalidad. *Gordon Pym* deja una impresión de violenta poesía; orquesta los temas del mar, el alcohol, el naufragio, el Polo, el odio y la muerte, a los cuales el genio de Poe confiere timbres tan particulares.» Y Shanks señalará: «Sé que entre los críticos modernos existe la tendencia a subestimar *Arthur Gordon Pym*. Pienso que el libro no ha sido muy leído en estos tiempos salvo por aquellos que lo hacen para ponerse a escribir luego sobre él. A mí me parece un excelente ejemplo del género al cual pertenece ante todo: un relato de aventu-

ras marinas, directo, vigoroso, dinámico y excitante, con una extraordinaria conclusión, o falta de conclusión, que lo eleva incuestionablemente por encima de los de su especie».

Los elementos autobiográficos agregan interés a *Pym*. Se ha hecho notar la equivalencia rítmica y fonética de «Arthur Gordon Pym» y «Edgar Allan Poe». Al principio del relato dice Pym: «Cuando cumplí seis años (mi abuelo) me envió a la escuela del viejo Mr. Ricketts, caballero a quien faltaba un brazo», etc.; Hervey Allen señala que en Richmond había en la infancia de Poe un maestro de ese nombre y que era manco. El abuelo de Pym tiene muchos rasgos de John Allan, empezando por la cólera; Pym expresa además su esperanza de que el abuelo habría de dejarle la mayoría de sus bienes. La primera aventura en el *Ariel*, en compañía de Augustus Barnard, debió nacer de las escapadas de Poe adolescente con los camaradas de Richmond. Augustus puede ser muy bien un tal Ebenezer Burling, con quien, como señala Baldini, Poe debió huir de Richmond en el mismo año en que hace huir a Pym de Nantucket. (En cuanto al *Ariel*, ¿no será un recuerdo del naufragio y muerte de Shelley?)

Krutch ha conjeturado una influencia de Defoe en este libro, «pues ciertamente Poe descubrió el secreto de Defoe de volver verosímiles ciertas cosas terribles, mediante el relato circunstancial de detalles realistas», aunque agrega que Poe había ya desarrollado una técnica propia, adecuada para los relatos en los cuales descolló. En cuanto al mar, Baldini observa que «no desempeña en *Gordon Pym* el papel que quizá Poe se había propuesto.

Las páginas más bellas y famosas, salvo la gran escena del barco holandés, muestran el mar como elemento extraño o solamente accesorio; lo que más se hace oír es siempre la resonancia interna de la desesperación de los personajes».

En los últimos años, lectores y críticos parecen haberse interesado especialmente por la segunda parte de *Pym*, allí donde la mera narración de aventuras marítimas cede paso a un territorio tan insólito y fuera de todo parámetro racional que el mismo Poe habría de abandonarlo en el momento culminante –a menos de aceptar que, más que abandono, el autor estaba inaugurando a su manera lo que hoy se da en llamar «obra abierta», ese dar paso al lector para que imagine, complete e incluso transforme lo que el novelista le ha puesto entre las manos–. Sidney Kaplan ha tratado de responder a la pregunta que todos nos formulamos: ¿Cuál es el significado de esa «escritura secreta» que parece insinuarse en la flora y la fauna *negras* del misterioso archipiélago antártico que abordan los navegantes, y que se contrapone desde un principio a la *blancura* creciente del mar, a la silenciosa lluvia blanca que no es nieve ni ceniza, a la inmensa figura totalmente blanca con que se cierra casi insoportablemente el relato? La oposición del negro como signo negativo y del blanco como una fuerza que lucha con él y en último término lo aniquila, va desde luego más allá de una alegoría primordial en el sentido del eterno enfrentamiento de Ormuz de Arimán. Críticos como Kaplan han creído ver en el inconsciente de Poe ese antagonismo racial que nada ha podido destruir hasta hoy en los Estados Unidos. Blanco, de tendencias aristocráticas, Poe no disimu-

ló jamás sus opiniones en favor de la esclavitud, y los personajes negros de sus cuentos son presentados siempre con un paternalismo en el que el desprecio bonachón se abre claramente paso. Es sabido que los defensores de la esclavitud se apoyaban en argumentos teológicos, presentando a los negros como los descendientes de una raza maldecida por Jehovah; el propio Poe no vacila en utilizar argumentos genéticos basados en las Escrituras cuando se trata de defender la tesis esclavista. En todo caso, *Pym* muestra admirablemente cómo los peores reductos de los atavismos pueden polarizarse en un sentido positivo cuando la alquimia de un artista visionario los deja manifestarse a través del plano de la creación. La casi increíble paradoja –si aceptamos que Kaplan está en lo cierto– sería que en último término el horror de lo negro como símbolo profundo de un racismo es el motor secreto que pone en marcha algo que trasciende por completo el problema racial para insinuar, en ese acceso a la blancura última, una superación humana, un encuentro con un absoluto para el que Poe ya no tenía palabras.

El otro enigma que ha preocupado a los críticos es la fuente de las enigmáticas inscripciones talladas en los abismos rocosos de Tsalal; si en un principio se supuso que surgían de la lectura de *Arabia Petrea*, de Stephens, libro sobre el que Poe escribió una reseña entusiasta, el propio Kaplan ha probado que fueron extraídas del diccionario hebreo-latino de Gesenius, editado en inglés por Edward Robinson en la época en que Poe trabajaba en su novela. Nombres como Tsalal, Klock-klock, Nu-Nu y Too-wit vienen del hebreo y significan, respecti-

vamente, lo oscuro, lo negro, la negación y lo sucio. El grito fatídico «¡Tekeli-li!», deriva de *Tekel*, una de las palabras (Mane, Técel, Fares) que aparecen en el muro del palacio de Baltasar y anuncian su caída. Como siempre, Poe aplicaba allí esta maniática erudición que lo fascinaba por sí misma y quizá por el trabajo futuro que daría a los exegetas. Hasta se permitió una broma: la única frase que pronuncia el pérfido Too-wit está formada por una mezcla de hebreo, latín, inglés e italiano, lo que en labios de un salvaje tiene un mérito considerable.

Julio Cortázar

Autores citados:

Hervey Allen, *Israfel, the life and times of Edgar Allan Poe*, Nueva York, 1949.

Joseph Wood Krutch, *Edgar Allan Poe, a study in genius*, Nueva York, 1931.

Edward Shanks, *Edgar Allan Poe*, Londres, 1937.

Gabriele Baldini, *Edgar Allan Poe*, Brescia, 1947.

Alfred Colling, *Edgar Poe*, París, 1952.

Sidney Kaplan, «An introduction to *Pym*», Nueva York, 1960.

Narración de Arthur Gordon Pym de Nantucket

La cual comprende los detalles de un motín y atroces carnicerías a bordo del bergantín norteamericano *Grampus*, en su viaje a los Mares del Sur; con un relato de la reconquista del buque por los sobrevivientes; su naufragio y horribles sufrimientos por el hambre; su rescate por la goleta británica *Jane Guy*; el breve crucero de esta última en el océano Antártico, su captura y matanza de la tripulación en un archipiélago del paralelo 84 de latitud sur, conjuntamente con los increíbles descubrimientos y aventuras, más al sur, a los cuales dio lugar esta espantosa calamidad.

Prefacio

Hace unos meses, al volver a los Estados Unidos después de una extraordinaria serie de aventuras en los Mares del Sur y otras regiones, cuya crónica se hallará en las páginas que siguen, circunstancias ocasionales me relacionaron con algunos caballeros de Richmond (Virginia), quienes se interesaron sobremanera por todo lo referente a las regiones que había visitado, instándome de continuo –pues lo consideraban mi deber– a que publicara mi narración. Diversas razones, empero, me movían a no hacerlo; algunas eran de naturaleza privada y de mi exclusiva incumbencia, mientras otras no lo eran tanto. Una de las consideraciones que me detenían era el hecho de no haber llevado un diario durante la mayor parte del tiempo en que anduve de viaje, por lo cual temía que me fuera imposible escribir de memoria un relato lo bastante detallado y coherente como para presentar la *apariencia* de esa verdad que realmente contendría, y en el que sólo se suprimieran las naturales e inevitables

exageraciones en que incurren aquellos que han pasado por episodios capaces de excitar poderosamente las facultades imaginativas. Otra de mis razones consistía en que los incidentes que debía narrar eran de un carácter tan absolutamente maravilloso que, sin tener pruebas de ellos (si se exceptúa el testimonio de un solo individuo, mestizo de indio), apenas podía esperar credulidad por parte de mi familia y de aquellos entre mis amigos que nunca perdieron la fe en mi veracidad; en cuanto al público en general, lo más probable era que considerara mi historia como una ficción tan descarada como ingeniosa. Pero una de mis razones principales para no seguir el consejo de mis amigos residía en la desconfianza que me inspiraba mi capacidad de escritor.

Entre los aludidos caballeros de Virginia que tanto se habían interesado en mis afirmaciones, y especialmente en la parte referente al océano Antártico, se encontraba Mr. Poe, quien dirigía en aquellos días el *Southern Literary Messenger*, revista mensual de Richmond publicada por Mr. Thomas W. White. Fue él quien, conjuntamente con otros amigos, me urgió insistentemente a que preparara una crónica completa de lo que había visto y padecido, y que la confiara a la sagacidad y al sentido común del público, insistiendo plausiblemente en que toda imperfección formal de mi libro, si las hubiera, no haría más que reforzar la impresión de veracidad del relato.

A pesar de estas observaciones no me decidí a llevar a cabo lo que se me sugería. Al ver que dejaba las cosas como estaban, Mr. Poe me propuso entonces que lo autorizara a escribir un relato de la primera parte de mis aventuras, basándose en los hechos que le había referi-

do, y a publicarla en el *Southern Messenger* como si se tratara de una *ficción*. No me opuse a esto, estipulando tan sólo que no se daría a conocer mi verdadero nombre. Fue así como la pretendida ficción se publicó en dos números del *Messenger* —enero y febrero de 1837—, y, a fin de que nadie tuviera la menor duda de que se trataba de una obra imaginaria, el nombre de Mr. Poe quedó incorporado a las dos partes en el índice de la revista.

La forma en que fue recibida esta *ruse* me ha decidido al fin a emprender una compilación y publicación regular de las aventuras aludidas; a pesar del tono de ficción tan ingeniosamente impreso a las partes publicadas por el *Messenger* —por cierto que sin alterar o deformar el menor hecho—, el público no se mostró dispuesto a recibirlas como una obra de imaginación, y Mr. Poe recibió numerosas cartas que expresaban claramente una convicción en contrario. Deduje, pues, que los hechos contenidos en mi narración eran de naturaleza tal que contenían en sí mismos la prueba suficiente de su autenticidad, y que, por lo tanto, poco debía temer desde el punto de vista de la incredulidad del público.

Dicho esto, inmediatamente se advertirá en lo que sigue la porción que me corresponde como autor; quede entendido, sin embargo, que no se ha alterado ningún hecho en las primeras páginas escritas por Mr. Poe. Incluso los lectores que no las leyeron en el *Messenger* notarán dónde terminan éstas y comienzan las mías; las diferencias de estilo son de las que se advierten en seguida.

A. G. PYM
Nueva York, julio de 1838

Capítulo 1

Me llamo Arthur Gordon Pym. Mi padre era un acreditado comerciante en los almacenes navales de Nantucket, lugar donde nací. Mi abuelo materno fue un abogado de múltiple actividad. Tenía suerte en todo, y había especulado muy favorablemente con acciones del Edgerton New Bank –como se le llamaba entonces–. Gracias a estos y otros medios llegó a reunir una apreciable fortuna. Creo que me quería más que a nadie en el mundo, y esperaba yo heredar la mayor parte de sus bienes. Cuando cumplí seis años me envió a la escuela del anciano Mr. Ricketts, caballero a quien faltaba un brazo y que se caracterizaba por sus excéntricos modales; casi todos los que han visitado New Bedford han de recordarlo bien. Permanecí en su escuela hasta los dieciséis años, en que la abandoné para entrar en la academia de Mr. E. Ronald, situada en la colina. No tardé en llegar a ser íntimo amigo del hijo de Mr. Barnard, capitán de la marina mer-